

MANUEL BAQUEDANO, GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES DEL NORTE

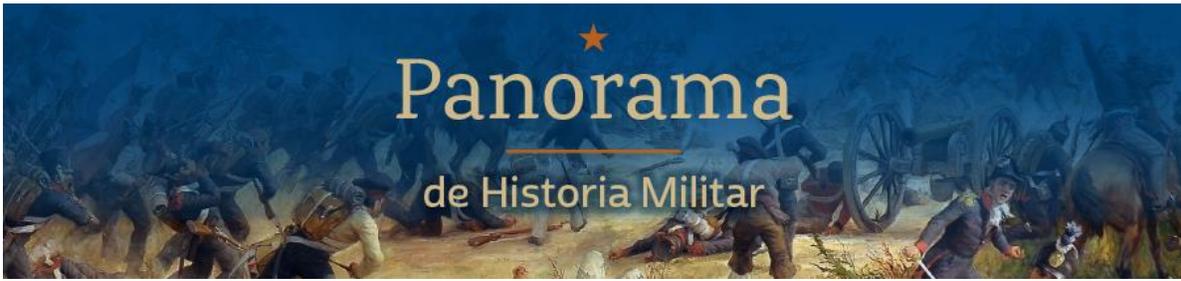
POR
RAFAEL GONZÁLEZ AMARAL
MIEMBRO ACADÉMICO

El desastre de Tarapacá y el ulterior retiro de las fuerzas peruanas hacia Arica determinó que Chile —a fines de noviembre de 1879— sumara el departamento peruano de Tarapacá a los territorios ya reivindicados al sur del Loa.

El debate en la capital chilena se centró en cuáles debían ser los siguientes pasos para afianzar la posesión de los territorios ocupados. No había consenso entre el presidente Pinto, el Congreso y la opinión pública. Tampoco había un criterio uniforme sobre quienes debían encabezar las fuerzas terrestres y navales desplegadas en el norte y las pugnas entre el ministro de la Guerra y Marina Rafael Sotomayor con los jefes del Ejército del Norte y la Armada habían trascendido a la opinión pública.

Los dirigentes políticos recelaban de los jefes militares y estos últimos reprobaban la intromisión de los políticos en lo que ellos consideraban sus facultades legítimas.

En octubre ya había asumido el mando de la escuadra el almirante Galvarino Riveros en reemplazo del renunciado Williams Rebolledo. En marzo de 1880 la renuncia del general Erasmo Escala obligaba al Gobierno a nombrar un tercer general en jefe en menos de un año.



Finalmente, el nuevo general en jefe elegido provisoriamente fue Baquedano, tal vez porque el mundo político pensó que sería un hombre fácil de controlar y porque este no sería capaz de constituir una amenaza política en las elecciones presidenciales que se aproximaban. Muchos pensaban que Baquedano no tenía las capacidades ni la personalidad suficiente, por lo que sería un instrumento fácil de manejar para los directores civiles de la guerra.

El objetivo político-estratégico era afianzar el dominio de los territorios situados al sur de la Quebrada de Camarones, pero el Gobierno dudaba sobre la manera de plasmarlo y dilataba innecesariamente la decisión.

Desde el comienzo, Baquedano planteó que había que tomar la ofensiva y derrotar a las fuerzas enemigas donde se encontraran. El general entendía que los aliados peruano-bolivianos no tomarían la iniciativa y que las esperas perjudicaban los intereses de Chile. Baquedano logró convencer al ministro Sotomayor y éste hacía esfuerzos por convencer al presidente. Por su parte, la prensa y el Congreso demandaban al mandatario conquistar Lima para definir pronto la guerra.

Es así como Baquedano fue en busca del enemigo, primero en Tacna y luego en Arica, para comenzar inmediatamente los preparativos para la campaña de Lima. La muerte de Sotomayor —acaecida en los días previos a la batalla de Tacna— fue un duro golpe para el presidente Pinto ya que toda su confianza para dirigir la guerra — y para sucederlo en la Presidencia— estaba depositada en él.

Ante la insistencia de Baquedano de iniciar el camino hacia la capital peruana, el Gobierno prefirió aceptar conversaciones de paz bajo el alero de los Estados Unidos y dilatar la decisión. Se perdieron seis meses preciosos antes de enfilarse rumbo a Lima, lo que le permitió al presidente Piérola preparar las defensas de Lima.



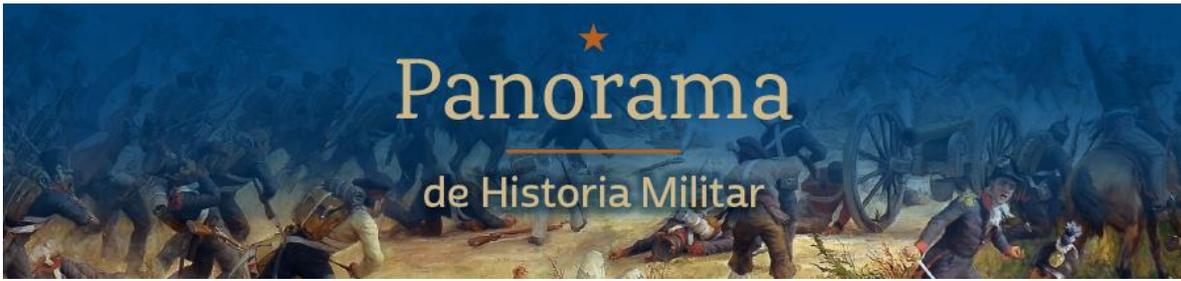
Obtenida la anuencia presidencial, Baquedano embarcó las tropas y en pocas semanas hizo su ingreso a Lima. Es interesante constatar que la conducción militar de Baquedano, desde que asumió el mando del Ejército de Operaciones del Norte y hasta su entrada a Lima –descontados los tiempos de inactividad–, se limitó a sólo cuatro meses y medio. Efectivamente, el general se demoró dos meses desde que asumió el mando hasta la toma del Morro de Arica, y dos meses y medio desde que recibió autorización para marchar a Lima, hasta su conquista.

Todo lo anterior en un contexto de una guerra que duró más de cinco años.

En ese período, Baquedano no solo debió vencer las duras marchas por el desierto y enfrentar a las fuerzas enemigas en Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores, sino que imponerse repetidamente a las intrusiones del nuevo ministro de Guerra, José Francisco Vergara, y a las diatribas de la prensa manejada por éste.

La conducción militar de Baquedano durante su mando fue –a nuestro juicio– meritoria y corrigió algunos defectos cometidos en las operaciones previas. Por ejemplo, el desembarque en Lurín consultó la presencia de una fuerte avanzada que hizo la ruta por tierra para proteger el desembarco, y evitar las eventuales dificultades y las pérdidas que se afrontaron en el desembarco en Pisagua. Tampoco dividió las tropas frente a un enemigo superior en las puertas de Lima, tal como lo aconsejó Vergara en esta ocasión –y, anteriormente, en Tarapacá–.

El uso de la sorpresa estuvo presente en mayor o menor grado en todas las batallas bajo su mando. Igualmente, hizo un uso muy profesional de la exploración, la ofensiva y el uso de los medios. Nunca renunció a conservar la unidad de mando, incluso desoyendo las instrucciones presidenciales en más de algún momento. Demostró siempre maestría en el despliegue de las fuerzas en los campos de batalla, y su liderazgo fue fuerte y consistente. Baquedano nunca titubeó y una vez tomada una decisión supo mantenerla a todo trance.



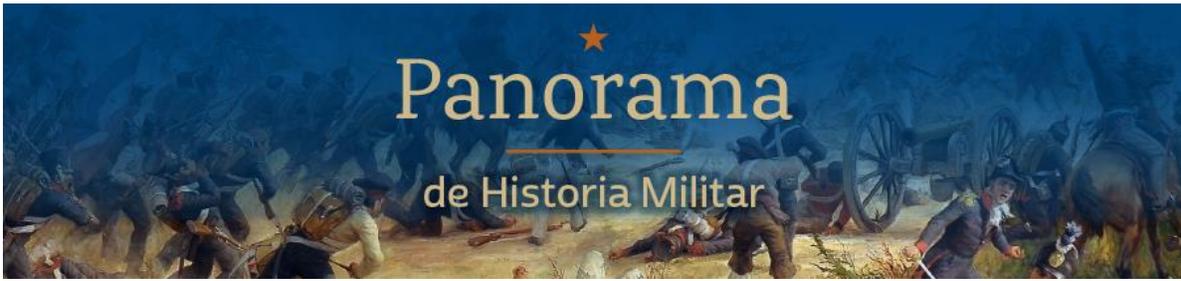
Si conocía los principios de la guerra, los aplicó perfectamente bien. Si no los conocía, se podría decir que su conducción rayó en la genialidad.

Mientras Vergara opinaba que una línea defensiva extensa y delgada había que envolverla, Baquedano entendía que había que forzarla con maniobras frontales. Baquedano privilegiaba los avances bajo el amparo de las sombras de la noche para caer tempranamente sobre el enemigo y descartaba envolvimientos demasiado largos que serían imposibles de ocultar al adversario. Cuando las posiciones enemigas ameritaban un envolvimiento, Baquedano lo aplicaba tal como lo hizo en Los Ángeles, su primera victoria poco antes de ser designado general en jefe.

Pero la grandeza del general Baquedano no se debe sólo al empleo de tácticas que lo llevaron a ganar batallas en la Guerra del Pacífico. También demostró capacidades estratégicas que lamentablemente fueron escasas en el Gobierno de la época.

Baquedano se opuso al retiro prematuro de tropas del Perú, de manera de apresurar la firma de la paz. Increíblemente, el presidente Pinto prefirió optar por el camino recomendado por Vergara y reducir las fuerzas de ocupación. Más adelante, el Gobierno debió enviar nuevas tropas y en los momentos en que se empeñaba la batalla de Huamachuco —en julio de 1883—, Chile se preparaba para mandar un nuevo contingente al norte.

Es cierto que también influyó —en la demora para alcanzar la paz— la presión extranjera, especialmente la norteamericana, y la negativa de Vergara de sostener conversaciones de paz con el presidente Piérola; por lo que nadie puede asegurar cuánto menos se hubiera alargado la guerra si se hubiesen seguido los lineamientos de Baquedano. Pero su enfoque iba sin dudas en la dirección correcta.



Del mismo modo, sus reiteradas recomendaciones al presidente Pinto para proseguir con la guerra rápidamente demuestran que el general era un hombre que entendía mucho del manejo de aquella y de sus tiempos.

Este breve artículo no pretende endiosar a Baquedano, ni menos señalar que su obra fue perfecta. Siempre es posible analizar lo que ocurrió anteriormente y cómo se pudo haber hecho mejor –sobre todo después de conocer los resultados—, pero su grandeza reside en que este jefe militar logró resultados gracias a la motivación y confianza que despertó en sus subalternos y soldados, y al empleo de sus convicciones sin vacilación, en circunstancias complejas y desfavorables.

Su mando tenía una buena mezcla de control y de entrega de iniciativa a los jefes de unidades. Era capaz de variar sus fórmulas de combatir según las circunstancias. Enfrentó batallas concentrando el mando de la caballería y la artillería, o asignándola a las distintas divisiones, según lo aconsejara cada situación. Sabía planificar un ataque, pero también improvisar, como fue necesario en Miraflores al romperse tempranamente la tregua concedida a los peruanos.

Fue un militar que mantenía una fuerte disciplina, pero al mismo tiempo se ganaba el respeto, la lealtad y el cariño de sus tropas. Fue un soldado admirado y querido por el pueblo.

Fue, finalmente, un hombre que dedicó sin claudicaciones su vida entera a la patria. Desde que se embarcó oculto a los 15 años para ir a la guerra y hasta que murió, consagró sus mejores horas y esfuerzos por el engrandecimiento de su querido ejército, el Ejército de todos los chilenos.

Chile tiene una deuda de gratitud con Manuel Baquedano que nunca podrá saldar.